

# LA OPINION PUBLICA

Carlos Cossio.

Editorial Losada S. A., 1958.

Con la publicación de "LA OPINION PUBLICA", Carlos Cossio, renombrado jurista y filósofo del derecho, ha sumado un libro más a su copiosa y valiosísima bibliografía. En esta nueva obra, como en cada una de las demás obras de su producción científica y filosófica, Cossio toma como punto de partida realidades humanas y sociales circundantes y temporales. La obra de ciencia, en grado no menor que la obra de arte, necesita, si quiere ser auténtica, nutrirse de la savia que generan los motivos reales de la vida individual o colectiva. Justamente una de las virtudes del pensamiento de Cossio es su gran sentido de la realidad humana y social y su ubicación correcta en el tiempo y el espacio. Como los frutos, el pensamiento cossiano tiene su estación.

"LA OPINION PUBLICA", fue concebida y escrita originalmente como capítulo terminal del libro inédito "LA POLITICA COMO CONCIENCIA". Luego fue publicada por entregas de marzo a julio de 1957 en la revista jurídica bonearense "LA LEY". La publicación en libro aparte independientemente del todo a que pertenece no le afecta en lo más mínimo. "No obstante integrarse instrumentalmente en la estructura de aquel libro me resuelvo a editarlo por aparte y en su edición definitiva, porque tiene un contenido autónomo de validez general y es otro círculo de lectores el que puede aprovecharlo para sus meditaciones e inquietudes" (p. 9).

"LA OPINION PUBLICA" está dividida asimétricamente en dos partes principales: 1a.). Preliminar fenomenológico, y 2a.). Opinión pública, expresión y democracia. Aquélla da cuenta de la esencia de la opinión pública y ésta de los medios de expresión de la opinión pública y de sus nexos con la democracia.

Aunque el tema de la opinión pública no es nuevo ni insólito en el campo de la sociología y de la ciencia política, puesto que ha sido investigado por especialistas de la talla de Ferdinand Toennies en Alemania, de Harold J. Laski en Inglaterra y de Alfred Sauvy en Francia y por

pensadores de prestigio universal como José Ortega y Gasset y Bertrand Russell, Carlos Cossio lo afronta con novedad y originalidad. Su viva y aguda inteligencia de jurista y jusfilósofo, le permite enfocar la opinión pública desde puntos de vista personales y profundos. Como en su celebrado ensayo la "Fenomenología de la sentencia", así también en "La opinión pública" aplica el método fenomenológico de Husserl. Sólo la intuición de esencias y su descripción consecuencial, permiten aprehender el objeto de conocimiento en toda la su integridad estructural.

La existencia y la vigencia de la opinión pública es un hecho social constatado universalmente. Sin embargo, no hay una teoría satisfactoria de la opinión pública, una teoría "que nos la explique a la luz de todo lo que hoy se sabe acerca de la existencia humana y de la vida social como estructuras permanentes" (p. II). Para llenar esta laguna del conocimiento histórico y social, Cossio elabora su propia teoría de la opinión pública como si se tratara de una aventura. Ante todo, la opinión pública no es la opinión del público. Esta "se da en cualquier situación colectiva y traduce un proceso simplemente cuantitativo de adición de opiniones personales" (p. 12). Hay opinión del público donde hay público: en las salas de cine, en las canchas de fútbol, en las plazas de toros, etc. La confusión de la opinión pública con la opinión del público es un error grave cometido por varios especialistas. Así, por ejemplo, Alfred Sauvy en su libro "L'opinion publique". La opinión pública es, según definición de Cossio, la opinión autorizada o calificada que en alguna forma traduce principios (p. 13).

Corrientemente la opinión pública ha sido explicada por la acción creadora de los grandes hombres o por la obra mecánica de las multitudes. Pero ambas explicaciones son falsas. Cossio las rechaza abiertamente y propone en su lugar una teoría totalmente nueva y muy ajustada a la realidad social. Propone una teoría de substancia filosófica tanto por el método fenomenológico que emplea como por el resultado esencial a que llega. Se trata de una descripción de la opinión pública tal como aparece en sus distintos estratos ontológicos de la realidad social desde la fase de su formación o creación hasta la de su valoración objetiva por una parte y subjetiva por otra en la conciencia de sus destinatarios.

El primer estrato corresponde a la creación original de la opinión pública. "Todo valor, dice Cossio, se origina en la creación de un individuo, ya que los valores siempre son, en su existencia, valores para un espíritu" (p. 19). La creación original es el punto de partida de la opinión pública. Aquí desempeña un papel de primerísima importancia el hombre grande, el hombre genial, según la jerarquía de valor en cuestión. Siempre entra en acción por lo menos una personalidad original.

Cossio es breve en la descripción de este estrato, porque admite la dificultad de controlar y predecir la acción de la personalidad creadora.

El segundo estrato corresponde a la difusión de la opinión pública. Aunque a veces el propio creador oficia de vocero, los voceros de la opinión pública surgen del segundo estrato. Actúan como voceros los entendidos que con vocación se han dedicado a la difusión de los valores originales. Los vehículos de difusión de la opinión pública son múltiples y variados: el libro y la revista, la prensa y la radio, la cátedra y la conferencia, la conferencia y la charla de amigos en el club o café. Los voceros de la opinión pública participan también en cierto modo de la creación original, porque pulen, incrementan y mejoran lo creado inicialmente. Sin embargo, la opinión de los entendidos todavía no es opinión pública plena. Se define solamente y con toda propiedad como "opinión técnica".

El tercer estrato corresponde a la comprensión objetiva de la opinión pública. Al momento constitutivo y esencial de la opinión pública. "La verdadera morada de la opinión pública, el lugar donde se constituye al conjuro de la creación original y de las vocaciones intelectualizadas, donde se la encuentra nítida con sus cualidades buenas y malas, dice Cossio, es este tercer estrato definido por una comprensión objetiva" (p. 25). La comprensión objetiva hace referencia a principios que dan razón de lo que se comprende; pero cabe comprender el valor de los principios aunque no se posea al detalle su contenido intelectual. La comprensión objetiva es algo más que conocimiento intelectual. Es una adhesión emocional a la verdad o a lo que pretende ser verdad. De ahí que la opinión pública yerre con frecuencia o pueda ser engañada. De ahí también la diferencia entre "la opinión técnica" de los entendidos que pertenece al segundo estrato y "la opinión pública" unida necesariamente a la comprensión objetiva propia del tercer estrato.

El cuarto estrato corresponde a la comprensión subjetiva de la opinión pública. Entre los destinatarios de la opinión pública no sólo están los individuos que valoran objetivamente con referencia a principios, sino también los que valoran subjetivamente de acuerdo con los estados anímicos de placer o dolor. En el cuarto estrato actúa el "hombre masa". Cossio toma toda precaución al usar este término. Claramente advierte que el hombre masa no significa el proletariado ni mucho menos la gente pobre. "Entre los proletarios y pobres, dice, abundan los que no son masa, como lo comprueba en gran escala el hecho de que el proletariado tiene a conciencia su ideología, lo cual supone en muchos de ellos una comprensión objetiva. A la inversa, en las clases adineradas abundan también los hombres masa; el caballero elegante que por distinción va a

un concierto a perder su tiempo, es un hombre masa en el mundo de estos valores" (p. 35). Cossio sostiene que se puede ser hombre masa en algunos aspectos sin serlo en otros. "En rigor, dice, no existe ningún individuo que no sea masa bajo algún aspecto.... Sólo la colectividad como conjunto social no es masa, porque en ella yacen todas las exaltaciones de todos los valores que se despliegan históricamente en la vida...." (p. 36). Lo que define al hombre masa es la comprensión subjetiva. Y en consecuencia, las dos actitudes fundamentales diferentes en el mundo general de la cultura. Ante todo una actitud de indiferencia vital. El hombre masa pasa de lado frente a la filosofía, la ciencia, el arte, la mística, como si no existieran. Luego su actitud de participación. Participa en lo que envuelve para él el placer o dolor. El aumento de salarios, la limitación de la jornada de trabajo, el divorcio, etc., sólo le llaman la atención vivamente en cuanto repercuten en las raíces mismas de su existir. A causa de esta manera de ser el hombre masa es la materia prima con la que trabaja el demagogo. Como ha dicho Harold J. Laski; la masa pide al gobierno sólo resultados, sin pensar si son alcanzables.

Después de este análisis minucioso de la opinión pública en los distintos momentos de su ciclo vital, Cossio examina la opinión pública en la política, en la democracia y en los regímenes totalitarios. A la luz de sus conclusiones sobre la opinión pública, cree que se puede "redefinir" la democracia como "el gobierno de la opinión pública, por los partidos políticos y para el pueblo" (p. 37). Con perdón de Cossio, no dijo en el fondo otra cosa el insigne Abrahán Lincoln.

En la segunda parte titulada: "Opinión pública, expresión y democracia", Cossio estudia los órganos de la opinión pública: la conversación, el libro, la prensa, el cine, la radio y la televisión. Hoy asistimos al gran fenómeno social de la expansión de la opinión pública. Dos puntos de vital interés tratados con libertad y franqueza, como conviene a la verdad, son: el desprestigio de la prensa en el siglo XX y los protagonistas de la nueva censura. Hoy la prensa ya no es el cuarto poder. Factores técnicos, económicos y políticos han contribuido a su declinación. La censura política es llana y sencillamente brutal en las dictaduras de izquierda y derecha. El poder dictatorial puede controlar el comportamiento colectivo, pero no la sensibilidad colectiva. Sin opinión pública no hay gobierno que pueda mantenerse en el poder.

Siendo la opinión pública un juicio calificado sobre asuntos de interés general, resulta obvio que apele a los más variados medios de expresión como la conversación, la prensa, el libro, el cine, la radio y la televisión. La opinión pública es un fenómeno especial de comunicación humana. Originalmente está ligada a la forma oral. "Es, dice Cossio, ine-

eliminable su dependencia de la palabra; y en cuanto que la forma básica del lenguaje es la forma oral, la palabra hablada resulta su soporte elemental' (p. 60). Todas las demás formas artificiales de comunicación se remiten en el último término a la palabra hablada. A pesar de las ventajas técnicas de la prensa y la radio y de la censura implacable de los sistemas dictatoriales, la oralidad básica de la opinión pública sigue ejerciendo su papel en la lectura entrelineas y en el rumor. Sobre todo el rumor es una fuerza elemental corrosiva del aparato férreo de los gobiernos antidemocráticos. Las últimas dictaduras sudamericanas de Argentina, Perú, Colombia y Venezuela, fueron carcomidas y derrumbadas por el poder efectivo del rumor, cuando la prensa libre era avasallada o censurada brutalmente.

La prensa es un órgano moderno de expresión de la opinión pública. Cumpliendo el ideario institucional que le trazó la Revolución Francesa, la prensa escaló en el siglo XIX el pináculo más elevado de prestigio y de poder social. Walter Goetz, citado por Cossio, dice que "el Estado, la economía y toda la vida pública, y aun en parte también las instituciones culturales, no pudieron prescindir del periódico". La prensa fue llamada en el siglo XIX el cuarto poder. Y efectivamente lo fue. Ese auge y prestigio de la prensa obedecían en concepto muy acertado de Cossio a tres motivaciones fundamentales: 1) La Revolución Francesa había volcado sobre el mundo, como filosofía, una fe ilimitada en la razón; 2) la prensa era escrita entonces por hombres representativos provenientes del segundo estrato que concierne a la opinión pública; 3) el círculo de lectores estaba constituido por una minoría de selección. La prensa del siglo XIX era una prensa de principios.

Muy distinta es la suerte de la prensa en el siglo XX. El panorama histórico ha cambiado radicalmente. Hoy nos encontramos con el hecho escueto de que la prensa ha alcanzado mayor volumen y extensión, pero ha perdido prestigio. Bajo el influjo poderoso del nuevo clima social la prensa misma ha cambiado para sobrevivir, pero a costa de su desmejoramiento. La adaptación a las nuevas exigencias históricas y sociales, la ha pagado muy caro. El aumento cuantitativo de la prensa de hoy contrasta totalmente con su decaimiento cualitativo. Al auge de la prensa no corresponde el prestigio de que gozaba en el siglo pasado. Hoy la prensa está desprestigiada. Ya no es el cuarto poder. Las razones que alega Cossio para probar esta situación de la prensa son muy evidentes. Primero, porque la opinión pública de nuestro tiempo vive bajo otra concepción del mundo. La filosofía de la valoración de la existencia humana concreta con su aguda sensibilidad para la cuestión social ha sustituido totalmente a la filosofía racionalista. Sobre la base

filosófica favorable a todos los sistemas irracionalistas han prosperado las ideologías políticas totalitarias. Segundo, porque el adelanto de la técnica ha transformado el pequeño taller periodístico en factoría y el propietario individual en empresa anónima en muchos casos por lo menos. Esto que parece trivial reviste enorme trascendencia. Ha dado lugar a la desaparición del escritor de vocación — si no del todo, a lo menos en gran medida— y a la aparición consecuente del escritor mercenario que por el sueldo escribe de todo y en pro de todo. “El sentido existencial de lo que se lee, dice Cossio, se debilita porque el **quien** personal que antes daba su autoridad ante la opinión pública, es substituído por el **quien** genérico e impersonal, siempre idéntico del propio diario que muestra su fachada en su nombre impreso pero que no muestra su vida interior” (p. 74). Y tercero, porque el círculo de lectores se ha ampliado inmensamente provocando la minimización del analfabetismo en los pueblos civilizados. En consecuencia ya no existe una sensibilidad de principios en los lectores, sino una sensibilidad de masa. En vez de lo perdurable, la prensa refleja lo ocasional y sensacional con deleite morboso.

No obstante su auge, la prensa no ha reemplazado al libro, “ni lo puede reemplazar, porque una y otro cumplen diferentes funciones en la vida social” (p. 66). El intelectual es inconcebible sin una entrega frecuente al libro. Y el político que únicamente lee prensa está al margen de la opinión pública. Hay problemas que atañen a la vida del Estado que no pueden ser tratadas por la prensa. El verdadero investigador prefiere confiar el fruto de su ardua labor a la vida del libro menos efímera que la de la prensa. La naturaleza misma de ciertos problemas rehuyen el sensacionalismo de la prensa. No podrían ser publicados por entregas como las tiras cómicas.

Con el cine, la radio y la televisión el poder del hombre tiene visos de magia. Luigi Chiarini ha llamado al cine no sin razón “el quinto poder”. El cine es hoy un esparcimiento universal. No hay país ni rincón de la tierra donde no esté presente con su magia de la imagen, el color y el sonido. La radio es el competidor más serio de la prensa por la rapidez y la simultaneidad de la comunicación de noticias. Y las grabaciones magnetofónicas han echado por tierra el adagio latino de que las palabras se las lleva el viento. “La televisión, en palabras de Cossio, es prácticamente una criatura en pañales, de la cual todo está por decirse aún; apenas si es lícito colegir que su destino estará más ligado al de la radio, con la cual formará una pareja de recíproco complemento en una función social que no podrá prescindir de ninguna de ambas” (p. 83). Si la radio sola es la competidora más seria de la prensa, la televisión lo es del cine. No suplantará sin duda la una al otro, porque tienen en común ventajas

y desventajas, pero tendrán que superarse parejamente para no perecer la una bajo el poderío del otro o viceversa.

Cine, radio y televisión son inventos muy recientes que tienen un gran porvenir por delante. "Ni el cine, ni la radio, ni la televisión, comenta Cossio, han completado el ciclo de su desarrollo técnico, por lo cual el sociólogo mal haría en apreciarlos por la fisonomía que hoy nos presentan. Por el contrario, se impone computarles a crédito una evolución revolucionaria que podemos si, entrever, con motivo de las portentosas innovaciones que vertiginosamente los mejoran día a día" (p. 83).

El auge y prestigio de estos tres inventos en el futuro está asegurado en vista de las consideraciones siguientes: 1) El papel que le corresponde en la actividad de tales inventos al pequeño creador, es decir, al entendido en cuanto técnico, al hombre del segundo estrato de la opinión pública; 2) La calidad de la verdad que se difunde. Mientras la noticia escrita se presta a una vasta gama de matices conceptuales, la imagen del cine o la televisión reproducen los hechos con una objetividad maravillosa. 3) Por encima de lo informativo y educacional que posean los nuevos inventos, está su carácter estético de esparcimiento que provoca el fenómeno de síntesis de masa y minoría.

La fuerza expansiva del cine, la radio y la televisión, choca con la barrera de la censura. Mientras la prensa en los países democráticos vive libremente, los nuevos inventos son objeto de la más rígida vigilancia y censura de parte del Estado. Los nuevos protagonistas de la censura en Occidente son, en concepto de Cossio, el Estado y las Iglesias cristianas sin excepción. Cossio considera que la censura es socialmente contraproducente.

B. MANTILLA PINEDA